

Dominique Lapierre

# La Ciudad de la Alegría

Edición conmemorativa con prólogo inédito del autor

Traducción del francés por Carlos Pujol

Traducción del prólogo por Mireia Carol

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *La Cité de la Joie*

© Dominique Lapierre, 1985  
© por la traducción, Carlos Pujol, 1985  
© Editorial Planeta, S. A., 2010  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: mayo de 2010  
Depósito Legal: B. 15.293-2010  
ISBN 978-84-08-09326-8  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*A Tatou, Gaston, François y James,  
y a las «luces del mundo»  
de la Ciudad de la Alegría*

Todo lo que no es dado, es perdido.  
(Proverbio indio.)



## Advertencia al lector

*Aunque este libro es el resultado de una larga investigación, en modo alguno pretende ser un testimonio global sobre la India.*

*Amo demasiado a este país, conozco demasiado su diversidad, siento demasiada admiración por sus virtudes, por sus logros ejemplares, por su empeño en vencer los obstáculos y por la inteligencia que aporta a la solución de sus problemas, para no poner en guardia al lector contra el peligro de una extrapolación abusiva.*

*Este testimonio sólo se refiere a un reducido grupo de hombres a los que una Naturaleza implacable y unas circunstancias hostiles arrancaron de sus casas para lanzarlos a una ciudad que ha llevado la voluntad de acoger hasta más allá de lo imaginable.*

*He decidido respetar su anonimato. Así pues, he cambiado sus nombres y modificado un cierto número de detalles concernientes a los hechos. Éstos se desarrollaron hace varios años. Pero los hombres que los vivieron existen todavía.*

DOMINIQUE LAPIERRE



## Prólogo

Desde aquel día de 1985 en que escribí la palabra «Fin» al final de la versión francesa del manuscrito de *La Ciudad de la Alegría*, son muchas las cosas que han sucedido alrededor y dentro de este barrio de chabolas hasta entonces desconocido por el resto del planeta.

Para empezar, Roland Joffé rodó la adaptación cinematográfica de la historia que yo había relatado con el famoso actor norteamericano Patrick Swayze y su colega británica Pauline Collins en los papeles principales. Dado que el escenógrafo había decidido rodar la película en los mismos lugares donde se desarrollaba la acción del libro, Calcuta conoció una verdadera revolución mediática. El gobierno comunista de Bengala puso mil trabas al rodaje con el pretexto de que Hollywood quería explotar con fines comerciales la pobreza de los habitantes de las chabolas del Tercer Mundo. Los provocadores llegaron hasta el extremo de lanzar artefactos explosivos contra los platós de rodaje. Pero el conjunto de la población se mantuvo al margen de estos incidentes, tal era su pasión por llevar a la pantalla la epopeya de su supervivencia en el corazón del infierno. Con el fin de satisfacer las exigencias de las compañías aseguradoras de la película, Roland Joffé tuvo que vacunar contra el cólera a las ratas que hormigueaban por las calles y perforar pozos de varios cientos de metros de profundidad para garantizar a los actores agua libre de toda contaminación microbiana.

El éxito del libro (ocho millones de ejemplares vendidos en todo el mundo), y el de la película después, puso al barrio que yo había descrito en los mapas de la India y pronto en los de todo el planeta.

Toda la ciudad de Calcuta (con doce millones de habitantes) se puso a reivindicar el apelativo de «Ciudad de la Alegría». Inmensas pancartas colocadas a la salida del aeropuerto de Calcuta saludaban a los visitantes con un llamativo «WELCOME TO THE CITY OF JOY». Al tiempo que el Ayuntamiento elaboraba un plan de desarrollo de la ciudad titulado «Plan para hacer de Calcuta una verdadera Ciudad de la Alegría», sus concejales organizaron una gran manifestación durante la cual me nombraron «Ciudadano de Honor de Calcuta».

Gracias al éxito colosal de la obra y a la venta de los derechos cinematográficos, pude multiplicar mis acciones humanitarias dentro del barrio antes de extenderlas a otras zonas más pobres de la Bengala rural. De este modo, conseguí que se pudieran elevar los suelos de muchos patios comunes con el fin de protegerlos de los desbordamientos provocados por el monzón. Cavé nuevas letrinas e instalé por todas partes nuevas fuentes de agua potable. Asimismo, instalé electricidad en muchas viviendas y abrí kilómetros de alcantarillas. Creé varias escuelas, además de dispensarios. En resumidas cuentas, el rostro de la Ciudad de la Alegría experimentó una mejora espectacular. Pero como, por desgracia, suele suceder cuando uno se esfuerza por cambiar las condiciones de vida de los más desfavorecidos, no son siempre estos últimos quienes se benefician de ello. En efecto, los propietarios de las viviendas se apresuraron a subir el importe de los alquileres, lo cual obligó a los más pobres a abandonar la Ciudad de la Alegría para irse más lejos a fundar otro barrio de chabolas más miserable aún.

A causa de la notoriedad que le di y de la mejora de sus condiciones de vida, a causa también de su relativa proximidad geográfica con los centros comerciales de Calcuta, la Ciudad de la Alegría ha experimentado durante los últimos veinticinco años un desarrollo inmobiliario espectacular. Es cierto que pocos de los habitantes que conocí en la época en que realicé mi investigación siguen viviendo allí. Casi la totalidad de los patios en los que más de un centenar de habitantes se aglutinaban alrededor de un pozo han desaparecido, reemplazados por edificios de ladrillo de cinco, seis o incluso siete pisos. Ninguna de estas construcciones parece terminarse jamás,



pues en la India no se pagan impuestos sobre la propiedad de un inmueble hasta el momento en que se han enlucido los muros. Curiosamente, todos estos edificios que se encabalgan los unos sobre los otros dan hoy a la Ciudad de la Alegría el aspecto de un pequeño Manhattan. Pero no hay que dejarse engañar: a ras de suelo nada ha cambiado en realidad. Los talleres a ambos lados de la calle siguen ahí, con sus obreros (a menudo todavía niños) inclinados sobre las máquinas que fabrican todos los productos imaginables en medio de una penumbra sofocante. Treinta años después de que yo penetrara en ella por primera vez, la Ciudad de la Alegría sigue siendo un laboratorio de supervivencia extraordinario donde decenas de millones de hombres, mujeres y niños continúan afrontando con su legendario valor la inhumana adversidad de su terrible karma. Con la enorme diferencia, sin embargo, de que hoy son conscientes de que ya no están solos. La mayoría sabe, en efecto, lo que debe al testimonio que yo aporté sobre su vida. Cada vez que vuelvo a su barrio se precipitan a recibirme con grandes banderolas que proclaman: «Bienvenido a tu casa Gran Hermano Dominique.»

En cada una de mis visitas pueden percibir un leve tintineo en el fondo de mi bolsillo. Es el del cascabel que uno de ellos me regaló hace veinticinco años antes de morir. Era conductor de *ricksaw*, uno de esos hombres que, en Calcuta, transportan viajeros y mercancías en una carreta con brazos que arrastran descalzos. Se llamaba Hasari Pal. Los habitantes de la Ciudad de la Alegría saben que hoy, al igual que ayer, la voz de su hermano no me abandona nunca. Porque me trae, por encima de mares y continentes, el mensaje de fe y de amor que descubrí en aquel barrio heroico.

D. L.



## **Primera parte**

Las luces del mundo



# 1

Su espesa pelambreira rizada y sus patillas, que se juntaban con las guías caídas de los bigotes, su pecho corto y robusto, sus largos brazos musculosos y sus piernas un poco arqueadas le daban un aire de guerrero mongol. Sin embargo, Hasari Pal, de treinta y dos años, no era más que un campesino, uno de los 548 millones de habitantes de la India que pedían su alimento a la diosa tierra. Había construido su choza de dos habitaciones con adobe cubierto de bálago un poco apartada del pueblo de Bankuli, uno de los 36.543 municipios de la Bengala Occidental, un estado del noreste de la India tres veces más extenso que Bélgica y tan poblado como Francia. Su esposa, Kamla, de corta estatura, piel clara y aire seráfico, con la aleta de la nariz atravesada por un aro de oro y los tobillos adornados con varias ajorcas que tintineaban a cada paso, le había dado tres hijos. La mayor, Amrita, de doce años, había heredado los ojos almendrados de su padre y la bonita piel afrutada de su madre. Manooj, de diez años, y Shambu, de seis, eran dos buenos mozos de cabellos negros y alborotados, más dispuestos a cazar lagartos con sus hondas que a empujar el búfalo en el arrozal familiar. Como a menudo era tradicional en la India, también vivía en casa del campesino su padre, Prodip, un hombre enjuto y arrugado, con la cara cruzada por un delgado bigote gris, y su madre, Nalini, anciana encorvada y con más arrugas que una nuez. Hasari Pal albergaba también a sus dos hermanos menores, a sus mujeres y a sus hijos, es decir, en total dieciséis personas.

Las aberturas de la choza, muy bajas, mantenían un relativo frescor durante el tórrido verano y un poco de calor en las frías noches de in-

vierno. Sombreada por buganvillas rojas y blancas, tenía una estrecha galería cubierta adosada a dos de sus lados. Sentada bajo un tejadillo inclinado, Kamla movía con el pie una especie de balancín de madera provisto de un mazo que servía para descortezar el arroz. Tictac, tictac, a medida que el pedal de arroz subía y bajaba, su hija Amrita empujaba bajo el mazo nuevos puñados de granos. Entonces, el arroz descortezado era recogido por la abuela, que lo seleccionaba. Una vez había llenado una cesta, iba a vaciarla en el *gola*, un pequeño troje elevado sobre estacas que había en medio del patio, y cuyo tejado a dos vertientes servía a un tiempo de granero y de palomar.

Alrededor de la choza, los arrozales dorados se extendían hasta perderse de vista, esmaltados de tarde en tarde por el verde oscuro de los huertos de mangos, por el verde claro de los palmares y por el verde tierno de los bosquecillos de bambúes. Como un encaje centelleante en el que se reflejaba el azul del cielo, los canales de riego cuadrículaban el campo con sus mallas tupidas. Unas pasarelas atravesaban con sus finos arabescos algunos estanques cubiertos de lotos y de jacintos donde chapoteaban patos. Sobre los caballones, unos niños hacían avanzar a golpes de junquillo a grandes búfalos relucientes que levantaban una polvareda ocre. Al término de este agobiante día de calor, el disco rojizo de Surya, el dios sol, se hundía en el horizonte. Una brisa refrescante soplaba del mar. Desde la inmensa llanura ascendía la llamada jubilosa de las miríadas de pájaros que giraban a la altura de las espigas de oro para celebrar la caída de la tarde. Bengala era sin duda ese paraíso cantado por los trovadores y los poetas, al que, las noches de luna, el dios Krishna acudía para tocar la flauta con las *gopis*, sus pastoras, y hacía bailar a su amante Rhada.

Por fin desapareció el sol. Era «la hora del polvo de las vacas», cuando el ganado volvía de los pastos, los hombres de los arrozales, y cuando las gallinas se encaramaban en sus perchas. Con el taparrabo de algodón metido entre las piernas para andar mejor, Hasari Pal caminaba tranquilamente silbando, con un arado de madera sobre el hombro. Al acercarse la noche, las palomas redoblaban de exultación en sus rondas y en sus arrullos. En el tamarindo, una tribu de *mynahs*, los gorriones de la India, iniciaba un concierto ensordecedor. Dos ardillas

listadas con las «tres señales de dedos del dios Rama» hacían carreras sobre el papayo. Garzas y airones se apresuraban a volver a sus nidos. Un perro sarnoso olfateaba el suelo buscando un lugar propicio para pasar la noche. Luego, el agudísimo rechinar de las cigarras se apagó poco a poco. Fue el último tictac del pedal de arroz. Y el silencio. En seguida se desató el coro de las ranas dominado por el croar cadencioso de un sapo-búfalo.

En menos de cinco minutos la noche tropical había caído sobre la tierra. Como cada noche, la dulce Kamla de piel de melocotón hizo sonar la caracola para saludar a la diosa de la noche. Una de sus cuñadas agitó una campanilla a fin de alejar a los malos espíritus, sobre todo a los que habitaban en el baniano centenario que había al final del camino. Ataron a la vaca en la choza que servía de establo. Una cabra recalcitrante obligó a todo el mundo a dispersarse para volverla a coger. Cuando todo estuvo en orden, Hasari cerró el portón de espinos que impedía el acceso al patio a los chacales y a los zorros. Su madre realizó entonces un rito tan viejo como la India. Añadió aceite a la lámpara que ardía ante las imágenes policromadas de los dioses tutelares: Rama y su esposa Sita, la diosa de los frutos de la tierra; Lahsmi, diosa de la prosperidad, sentada sobre un loto; Ganesh, el dios de la suerte con cabeza de elefante. Otros dos cromos descoloridos por los años permitían adivinar, uno, la cara infantil de un Krishna, engullendo glotonamente un cuenco de manteca, representación popular del dios-pastor más tiernamente amado por las masas hindúes; el otro, el dios-mono Hanuman, personaje legendario de las fabulosas aventuras de la mitología india.

Mientras las mujeres cocinaban la cena fuera, en el horno de tierra, Hasari y sus dos hermanos menores fueron a sentarse al lado de su padre en la galería. Un arbusto de jazmines despedía fragancias embriagadoras, aromando la noche cruzada por las luces fugitivas de un ballet de luciérnagas. En el cielo estrellado brillaba una fina media luna. Era la «luna de Shiva», la luna nueva del bienhechor del mundo, del dios con mil ojos de la prosperidad. Los cuatro hombres estaban sumidos en una meditación silenciosa, cuando Hasari vio que su padre observaba a sus hijos uno detrás de otro. Luego le oyó murmurar, como

para sí: «El carbón no cambia de color cuando se lava. Lo que no se puede curar ha de soportarse.»

El anciano ya no sabía cuántas generaciones de lotos habían florecido y habían muerto en el estanque desde su nacimiento. «Mi memoria es como el alcanfor que se evapora con el tiempo. Hay tantas cosas que he olvidado... Ahora soy muy viejo e ignoro cuántas cestas de arroz pueden quedarme de las que los dioses de la vida llenaron para mí cuando nací.» En cambio sabía que antaño había sido un campesino próspero. Había llegado a poseer hasta seis graneros llenos de arroz y cuatro hectáreas de tierras fértiles. Había podido asegurar el porvenir de sus hijos y dotar generosamente a sus hijas mayores. Con vistas a la vejez con su mujer, había conservado el pedazo de tierra y la casa que heredó de su padre. «Aquí los dos podremos vivir en paz», había afirmado, «hasta la hora en que Yama, el dios de los muertos, venga a buscarnos».

Pero se equivocaba. Aquel pedazo de tierra tiempo atrás había sido regalado a su padre por un *zamindar* agradecido por su abnegación. Cierta día, el descendiente de este bienhechor reclamó la tierra. Prodig Pal se negó a devolverla. El asunto fue llevado a los tribunales. El *zamindar* sobornó al juez y Prodig perdió el pleito. Se vio obligado a abandonar la tierra y la casa de su padre. También tuvo que pagar todos los gastos del pleito, sacrificando así la dote ahorrada para la última de sus hijas y las tierras de sus dos hijos menores. «El corazón de este propietario ruin es aún más duro que el del chacal», había dicho.

Hasari, el primogénito, había podido albergar a toda la familia en su choza. Hasari era un buen hijo. Hacía lo imposible por convencer a su padre de que seguía siendo el jefe de la familia. El anciano, en efecto, conocía mejor que nadie los derechos y los deberes de cada uno, los usos y costumbres, los límites de los arrozales y de los pastos. Sólo él sabía mantener relaciones armoniosas con los grandes terratenientes... cuestión primordial para la supervivencia de una familia de modestos campesinos. Como decía Prodig, «los peces no pueden permitirse vivir enemistados con el cocodrilo del estanque». Pero de cualquier modo,



aquel padre venerado por sus hijos lo había perdido todo. Ya no tenía casa propia. «Pero no podía quejarme», admitía. «Desde luego, era un hombre arruinado, pero tenía a mis tres hijos. ¡Qué bendición aquellos hijos!» Gracias a ellos, él y su mujer, Nalini, disfrutaban de todo aquello en que puede consistir la riqueza de un campesino indio: un granero de arroz, un balagar, dos vacas y un búfalo, una parcela, un poco de grano en las tinajas como reserva para los malos tiempos, incluso algunas rupias en la hucha. ¿Y qué decir de sus nueras? También ellas habían traído la felicidad a la casa. Las tres eran bellas como Pârvati<sup>1</sup> y las tres capaces de ser madres de los Pandava.<sup>2</sup> Sí, los Pal eran pobres, pero eran felices. Mañana los lotos se humedecerían con el rocío. Sería tiempo de cosecha, tiempo de esperanza. Y en el viejo tronco del *mowa*, las orquídeas cantarían la gloria de Dios.

1. Pârvati, la esposa del dios Shiva.

2. Los Pandava, cinco hermanos héroes de la gran epopeya del *Mâhabhârata*